

decir, no aborrezcais á nadie, á nadie trateis como enemigo? Si los demás no te aman, ámales tú. El amor engendra amor. No distingas de buenos y malos, de amigos y enemigos; haz bien á todos. Si ellos te ofenden, tú bendícelos; favorece al que te ha ofendido, en vez de vengarte, y véncelo con el amor (1). En esto se conocerá que sois mis discípulos (2): así sereis hijos del Padre que está en los cielos; esto es, así sereis todos hermanos (3). Jamás filósofo alguno habló de esta manera. Los sistemas anticatólicos, partiendo del egoísmo ó dirigiéndose á él, sancionan la division, la venganza y el odio; y mientras el hombre sea egoísta, es decir, mientras se mire como principio y término de sí mismo, como centro al cual han de dirigirse todas las cosas, encontrará enemigos por do quiera, porque siempre verá hombres que sirven de obstáculo á sus aspiraciones; siempre se creará perjudicado y herido por ellos.

El Catolicismo, por el contrario, mata el egoísmo, condenando la division, el odio, la venganza. Hé aquí la verdadera fraternidad: *Amaos, y sereis hijos del Padre que está en los cielos*. La que los demás sistemas tratan de fundar, es una fraternidad de teoría, y si se quiere de derecho. Todos los hombres, dicen, son hermanos; todos tienen derecho á ser tratados como hermanos. Y escriben estas hermosas palabras con gruesos caracteres en los libros, y las repiten en pomposos discursos, y las imprimen en la primera página del libro de las leyes. ¿Qué más hacen? Nada más: esto es todo, porque no pueden más. Ni dan al hombre la fuerza necesaria para elevarse sobre las miserias de su propio sér, ni destru-

(1) Rom. XII, 14, usq. in finem.

(2) Joann. XIII, 35.

(3) Matth. V, 45.

yen el egoísmo, ni ponen en su lugar la planta fecunda de la abnegacion y del sacrificio. Hacen más bien lo contrario, porque olvidando ó aparentando olvidar, que entre los hermanos hay mayores y menores, proponen y predicán una igualdad absurda; engendran el orgullo, provocan la insubordinacion, sin la cual no es posible la sociedad; y si gradacion llegan á admitir, porque es necesaria, estos predicadores de la igualdad, la admiten solo á condicion de ser ellos los primogénitos de la gran familia, anulando en su favor la máxima fundamental de su doctrina, y produciendo el absurdo de igualdad y desigualdad al mismo tiempo. Quieren todos ser primogénitos, ser cabezas; y estorbándose mutuamente, se odian y persiguen; y teniendo siempre en sus lábios la hermosa palabra *hermanos*, tienen en su corazon egoísta la horrible palabra *enemigos*, y en su mano la espada, si no el puñal, para conquistar la pretendida fraternidad, sacrificando á sus hermanos. Lo que el hombre necesita, Señores, no es una frase sonora; no es una idea pomposa impresa en un libro; no es un derecho nominal consignado en un código; es una virtud real y práctica, arraigada en el corazon; y la virtud no nace en los libros de los filósofos, ni en los códigos de los legisladores, ni en las convulsiones de la revolucion; nace solo en la tierra donde Dios esparce su semilla. Esa tierra es nuestro corazon; esa semilla el amor de Dios, y con él sus palabras: «Amaos como yo os amo; perdonaos como yo os perdono; más aún, haced bien á los que os hacen mal, como yo lo hago.» Hé aquí la verdadera fraternidad. Su esencia es una virtud; la virtud es la victoria que el hombre alcanza sobre sus pasiones; es el sacrificio del egoísmo en aras de la caridad.

Esa virtud, dice San Pablo, engendra la paciencia, la benignidad y la dulzura, y rechaza la envidia, la am-

bicion, la ira y toda iniquidad (1). Donde hay caridad no vereis estos males, no vereis el egoismo; vereis por lo mismo la union, el sacrificio, el amor á todos. Por ello concluye el Apóstol: esforzaos en conservar la caridad, el amor de la fraternidad (2). Hé aquí la caridad católica, Señores. ¿La encontrareis igual en los sistemas filosóficos? ¿Por qué no hemos de buscar sencillamente la verdad, que ha civilizado al mundo, y se ha de sustituir con pomposas frases que nada tienen de positivo, y que, como dice San Judas, sembrando vientos, no dan sino cosecha de tempestades? (3) Escuchad ahora las últimas palabras de Jesucristo en orden á la caridad. «Amaos, y sabed que nadie tiene un amor tan perfecto como el que muere por los que ama (4). Yo lo hago por vosotros, para daros ejemplo de este perfecto amor.» Nosotros, añade San Juan, nosotros debemos por lo mismo morir por nuestros hermanos (5). Ved el término de la caridad: la muerte, el sacrificio de la vida por amor á los demás. ¿No es esta la más sublime fraternidad?

De este modo nos conduce Jesucristo al fin propuesto. Primero estrecha y une las voluntades; despues enseña la donacion de bienes; luego infunde el amor á los enemigos; y por fin, prescribe el sacrificio de sí mismo en las aras del amor al prójimo; y siempre al lado del precepto coloca el modelo, y el modelo es él mismo, el hombre perfecto, á quien nadie pudo argüir de pecado (6), el objeto de las complacencias del Eterno Padre, que nos

(1) I Corinth. XIII, 4.

(2) Rom. XII, 10; Coloss. III, 14; Hebr. XIII, 1.

(3) Osee VIII, 7.

(4) Joann. XV, 13.

(5) I Joann. XIII, 3.

(6) Joann. VIII, 46.

dice: «Es mi Hijo muy amado; escuchadle (1). Mirad, y haced segun el modelo que en él os he presentado (2).» El hombre, contemplándole, se confunde al ver su egoismo, sale de su apatía, y exclama: yo tambien quiero darme como él; yo tambien quiero morir como él, sacrificarme como él: *Eamus et nos, ut moriamur cum eo* (3). El verdadero católico lo ha hecho siempre, sacrificando su reposo, su salud y su vida por sus hermanos.

El hombre, poseido de la caridad se da á sí mismo en todo cuanto es. El Apostolado, con todos sus trabajos, ha sido siempre la donacion del hombre como inteligencia. El deseo de comunicar á los otros la verdad y la vida eterna, que consiste en conocer al Padre y á Jesucristo (4), ha llevado y lleva al católico por el camino de los sacrificios á las últimas regiones del mundo. ¿Qué interés mueve al misionero en sus empresas? Interés de la tierra ninguno: en ella no recoje sino la privacion, la pobreza, la enfermedad, tal vez el tormento y la muerte. Su interés se reduce á la gloria de Dios, y á la felicidad de sus hermanos. Encendido su corazon con la llama del amor, quiere cumplir el deseo de Jesucristo: *Ignem veni mittere in terram. ¿Et quid volo nisi ut accendantur?* (5) Sus armas son su Crucifijo; su elocuencia, la caridad. Cuando un pueblo le ha oído, y conoce ya á Dios, y viviendo segun su ley es feliz, el misionero no descansa gozando el fruto de su conquista. Deja este pueblo, civilizado ya por su trabajo, y corre en busca de otro inculto, y despues á otro; y si la muerte no le detu-

(1) Matth. XVII, 5.

(2) Exod. XXV, 40.

(3) Joann. XI, 16.

(4) Id. XVII, 3.

(5) Luc. XII, 49.

viese en su carrera, el mundo entero vería al Apóstol de Jesucristo, porque el amor nunca dice: *basta*. El ejemplo lo teneis en Vicente Ferrer, que á pié evangelizó casi toda Europa: lo teneis en Francisco Javier, que recorrió del mismo modo más de diez reinos de la India y del Japon; y en tantos otros, cuya sangre ha regado la China y el Tong-King, cuyos sudores han fertilizado las Américas, y están fecundando el centro del Africa.

El protestantismo ha querido parodiar el apostolado Católico. Pero ¿qué ha hecho? Especulaciones mercantiles, levantando en vez de templos, factorías, á cuya sombra ha difundido sus libros y sus máximas de egoísmo, y ha perseguido al misionero Católico. Falto de caridad, y no buscando sino la tierra y el dinero, se ha lanzado allá donde ha previsto el goce y la abundancia: donde ha visto la privación y el sacrificio, se ha retirado, dejando el campo al misionero de la verdad y de la caridad. El protestante, lo mismo que el filántropo, no deben sacrificarse. El sufrimiento lo busca solo la caridad: cuanto más padece, cuanto más se humilla, tanto más se esfuerza, y crece, y se dilata, porque oye siempre aquella palabra: «Nadie ama tanto, como el que sacrifica su vida por sus hermanos.» Al eco de esta palabra, salida de los labios de un Dios Crucificado por el hombre, el que le ama ya no se detiene, lo vence todo, lo da todo, lo sacrifica todo por imitar y seguir á su Dios, haciendo bien á los que padecen y á los que lloran. Quiere dar á todos cuanto tiene, y les da su corazón con su amor, su salud y sus fuerzas con sus servicios, su vida con sus sacrificios. La caridad católica, abrazando á todos los hombres, para todas las miserias humanas crea un servicio gratuito de consagración y de sacrificio, que hace llegar á la morada del más desconocido de los hombres, lo que sin ella apenas se da á la propia familia,

¿Quién ignora la ingeniosa fecundidad con que ha dado padres y madres á todos los desgraciados? Estudiando en cada siglo la miseria que le era propia, ha suscitado cada vez nuevos servidores del hombre. Los moros invaden el Mediodía de Europa, y reducen á esclavitud á los cristianos. La Iglesia tiene un Pedro Nolasco y un Juan de Mata, que instituyen una orden de hombres caritativos, que se consagran á trabajar por la libertad de sus hermanos cautivos, y se obligan con voto á hacerse voluntariamente esclavos para que sus hermanos sean libres; á dar su propia libertad por la de sus hermanos. ¿El cálculo y el interés reducen á amarga servidumbre á los pobres negros, para que, trabajando como bestias, hagan ricos á los blancos? En el campo de la caridad aparece, entre otros, Pedro Claver, que jura hacerse esclavo de los esclavos, y morir sirviéndolos por amor de Jesucristo; y lo cumple, pasando cuarenta años en este sacrificio. ¿El crimen y el libertinaje cunden, y dan por fruto seres desgraciados, cuya existencia amenaza la desesperación, ó el cinismo de los mismos autores de sus días? Un Vicente de Paul, un Gerónimo Emiliano se encargan de recojerlos, y levantan casas de asilo donde los expósitos encuentran padres y madres, que les aman más que los mismos autores de sus días. ¿Crecen la miseria y el dolor? La caridad funda y mantiene hospitales; las Hermanas de la Caridad vienen á sentarse á la cabecera del enfermo y del moribundo para compartir sus dolores; y las Conferencias de San Vicente de Paul, llevan el pan y el consuelo á cuantos padecen en medio del mundo, embriagado en sus goces, que pregonando fraternidad y filantropía, hasta se desdeña de mirarles.

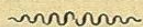
Para alcanzar tan magníficos resultados, la Iglesia no hace sino repetir la palabra de su Fundador: «Amaos unos á otros; miradme á mí en la persona del pobre y

del pequeño.» Fruto de esta doctrina son esas nuevas creaciones del Catolicismo, que se multiplican cada día, y en las que el poder de la caridad lucha constantemente contra el poder de la miseria, y no le permite penetrar en ningún rincón de la tierra, sin que llegue al mismo tiempo el consuelo para el desgraciado. Así se establece la fraternidad verdadera entre los hombres: fuera de la caridad no puede existir. La ley podrá decir: os mando dar para el que no tiene. Pero esto irrita al egoísta, que resiste cuanto puede, é inventa mil recursos para no obedecer. El egoísta, ó no da nada, ó dando por fuerza da lo menos que puede. El filósofo podrá decir: es un deber socorrer á la humanidad; pero admirando su frase y aplaudiendo su discurso, nadie se sacrificará.

El hombre solo da, solo se sacrifica cuando ama; la ley y la filosofía no engendran el amor. Aún más, la ley y la falsa filosofía suelen destruir la obra del amor. ¿Quién ha tratado de destruir, y ha destruido en parte, esos institutos de caridad y de sacrificio, fundados por el Catolicismo en todos los siglos? La filosofía, y su hija la ley, diciendo que son inútiles. ¿Será que en nuestro siglo es inútil la caridad, porque ya no hay miserias?

Detengámonos..... y pasemos á estudiar el segundo extremo de mi proposición. La Sagrada Eucaristía, estímulo, fortaleza y recompensa del hombre que se da y se sacrifica por la caridad.

## SEGUNDA PARTE.



El amor de Dios, hemos dicho antes, es el modelo de la caridad entre los hombres, y este amor se manifiesta

en la donación que el Padre nos hace de su Hijo, y que este hace de sí mismo á la humanidad en la Encarnación; se manifiesta en el sacrificio á que el Padre sujeta al Hijo, y que este abraza voluntariamente consumiéndole en la Cruz. El fin de uno y otro es que el hombre viva de la vida de Dios, que el hombre sea hijo de Dios (1), una misma cosa con él. Pero estas demostraciones de la infinita caridad de Dios, no serían más que un recuerdo si no las tuviera presentes en un misterio que, reproduciendo á la vez los dos primeros, les da vida, les hace sensibles al corazón. Ese misterio es la Sagrada Eucaristía; Encarnación y Pasión perpetuadas ante el hombre hasta la consumación de los siglos; sacrificio elevado al mayor grado posible por la fuerza infinita de la caridad de Jesucristo. En aquellos misterios se comunica Dios á la naturaleza humana, y por todos los hombres se sacrifica á la vez; en esta se da á cada uno, á cada uno se comunica, por cada uno se sacrifica. Es el último esfuerzo del amor de Dios á la criatura; es el perfecto y acabado modelo de donación y sacrificio, que presenta al hombre cuando dice: *Amaos como yo os he amado*; y por lo mismo el estímulo más poderoso para llevar al hombre al heroísmo de la caridad.

El hombre por la sagrada Comunión posee á Dios en su corazón, siéntese inundado de amor divino, siéntese rico de Dios, es decir, de caridad, y exclama: «Os amaré, Señor, que sois mi fortaleza y mi virtud (2). ¿Pero qué os daré en cambio de lo que me habeis dado? (3) Oigo vuestra voz que me dice: Hijo, dame tu

(1) Gal. IV, 5.

(2) Psalm. XVII, 2.

(3) Id. CXV, 3.